

Recordar, compartir, aprender

## Castellón

Josefa Muñoz Falero, 83 años

Diana Lorena Quiñonez, 24 años

### AQUEL LARGO DOMINGO DEL 39

*Nací el 27 de marzo de 1923, o tal vez no... por que también sé que tengo solo 83...creo, sin embargo es la única fecha que tengo clara en la maraña de recuerdos que me dejó este alzheimer. Tengo mis dudas acerca del momento exacto en que ocurrieron las cosas, pero estoy segura de que ocurrieron, es lo único que viene a mi una y otra vez, frecuentemente, algo que ni este mal que tengo ni el paso de los años me ha podido quitar, y que regresa con tal certeza que no me permite dudar, esas imágenes tan diáfanas no son producto de las jugarretas que suele hacerme la memoria, no, no, yo se que estuve allí.*

Ahí esta otra vez, ding dong, ding dong, el reloj de mi madre puesto en la pared en la cocina. De día cumplía el papel de agenda de mis padres, y en las noches de ferviente advertencia de no levantarnos de la cama, so pena de escucharle mas intensamente cada vez que estuviésemos cerca del. Su estremecedor sonido que nos atemorizaba a mí y a mis hermanos no nos abandonó nunca mientras estuvimos en la casa, no nos dejó ni el día que pasaron por Toledo, el día que ellos pasaron por mi casa...

Como era domingo, si era domingo, y ahora no temo equivocarme, porque sagradamente el tío Ubaldo venia a vernos a la casa, y venia para verme a mi, porque era yo la que mas gustaba de los toros. Así que claro que era domingo!, y como los demás festivos, mi madre ese día no fue muy estricta a la hora de sacarnos de la cama; pero cuando yo oía al tío Ubaldo de un salto estaba fuera de ella limpiándome la cara; poniéndome el vestido que mi madre me había hecho, similar a uno que vi durante un paseo por el centro, colgado en el almacén de una afamada modista del pueblo.

Me apresuraba entonces a bajar la escalera de madera hasta la cocina donde mi tío se sentaba para tomar unas rosquillas de azúcar o unas ensaimadas que mi madre preparaba, le saludaba y aunque lo supiera porque era temporada, nuevamente preguntaba: ¿Que habrán toros? ¿Vamos a la plaza? Me gustaba oír esa afirmativa respuesta, afortunadamente mi tío no perdió nunca la paciencia.

Para entonces creo que tenia unos 17 años y podía disfrutar de los vestidos de mi madre esos guapos domingos, y ningún otro día. No tenía muchos amigos en aquel tiempo, mi madre se había encargado de nuestra educación por encargo de mi padre, así que no iba a la escuela desde los diez años. Por una parte fue con la excusa de salvarme de los certeros golpes de palo que recibí de la maestra Asunción; y por otra, mi padre encontró así la manera perfecta de retirarme de la escuela y con ello mantenerme al margen de los galanteos de cualquier `canta mañanas´ como afirmaba, y que era lo que realmente le preocupaba.

Tomábamos dos rosquilletas con el tío y a la plaza. El bonito domingo, mi chulo vestido, del brazo de mi tío caminábamos por la plaza central de Toledo, su catedral, muchos dicen que es de las mas bonitas de España, (yo no conozco muchas mas), donde entrábamos algunas veces para pedirle a san Jorge patrón de la ciudad que nos librara de todo mal. No se si fue casualidad, pero quien iba a pensar que unas horas mas íbamos a necesitar esas oraciones.

Saliendo de los toros y pasábamos por casa de mi abuela, la saludaba de prisa y enseguida corría a su huerta para tomar naranjas y ciruelas. Antes de despedirnos de ella, me ponía delante de la gran mesa del salón y entonces me llamaba la picardía; en casa se rumoraba que la abuela tenia tanto dinero que sobraba y que no nos dejaba nada para ayudarnos porque era muy tacaña.

Así que allí estaba delante de la mesa una vez más, me persignaba y venga! Tomaba un fajón de dinero



de debajo del mantel tejido, lo guardaba rápida y sigilosamente, volvía a la puerta, me despedía como si nada y en un abrir y cerrar de ojos entraba de nuevo en casa, y adiós al tío. Empezaba entonces para mi la ansiedad hasta el domingo próximo y también el temor de que se acabara la temporada.

No conocí nunca la historia de Robin Hood, sabrá Dios lo que hubiera hecho de haberla sabido en ese entonces, pues yo ponía de poco en poco el dinero en la cartera de mi madre, que nunca se explico como salía ese dinero extra de su bolsa, y yo creía que hacia bien, nunca me arrepentí, y apenas podía disimular la risa cuando mi madre revoloteaba en la cocina asombrada. Mi tío nunca se entero, y mi abuela de quien siempre se dijo que tenia bastante dinero, me temo que fue cierto, y nunca lo noto.

Vuelvo la mirada hacia el reloj y marcan las ocho. Empieza a caer la tarde por que es otoño me parece, esta vez vamos a la cama temprano, voy logrando conciliar el sueño aunque sin dejar de oír el reloj pero de repente ya no escucho ni el reloj solo veo a mi padre sacudiéndome, sacándome a mi y a mis hermanos de la cama con mi madre con la cara desencajada, sigo sin oír nada..

Después me vi corriendo hacia las cuevas que estaban detrás de la casa donde guardábamos el vino dulce y fue entonces cuando empecé a escucharlo todo, las voces de los vecinos, el llanto de mis hermanos, y los gritos entre mis padres. No entendía nada, pero había algo que escuchaba constantemente: “vienen los alemanes, esconderos que vienen los alemanes”, me parece que no tenia claro quienes eran los alemanes.

Dentro de la cueva, mi padre procuraba estar tranquilo, aunque en realidad ninguno lo estaba. El ruido era estremecedor, como si temblara la tierra. Yo sentía que los pies se me movían sin que los pudiese controlar, y el vecino Marcelino al que los nervios no le permitían callarse gritaba: “son ellos, después de Guernika seremos nosotros, ahora vienen a por nosotros”. Mi padre le pedía sin cesar que dejara de hablar pero el pobre estuvo así toda la noche no pudo mantenerse en silencio.

Yo ni sabia lo que era Guernika o donde estaba Alemania, me temo que las buenas intenciones de mi madre por instruirme no le permitieron contarme lo que pasó en Guernika ni mucho menos lo que para entonces estaba haciendo Alemania. Hasta mucho más tarde yo me quede con la versión de la maldad infinita de esos señores que llamaban, alemanes algunos vecinos, en particular el señor Marcelino. Con el tiempo yo me embarcaría en un viaje a Alemania con el tío Ubaldo.

Eran como zumbidos, era ensordecedor, aspás y aspás que no dejaban de moverse, por los agujeros de la madera de la puerta de la cueva podía ver algunas de las luces intermitentes y eso si, los pasos constantes de la gente que corrían encima de nosotros una vez mas, una y otra vez, no lo pude olvidar.

No se si mis hermanos también, nunca les pregunte, pero yo tuve las piernas y los brazos entumecidos, adormecidos, hasta que mi padre se aseguro de que ya estaba despuntando el sol. Tras pasar la noche en vela, abrimos las puertas de la cueva y habría que ver lo que era todo allí afuera, las vecinas hablaban, los niños chillaban, supongo que fuimos los únicos bajo tierra porque una vez salimos de nuevo a la luz no queríamos hablar, no queríamos nada...

Tratamos de entrar en la casa estaba todo de par en par, algunos dijeron: “Fueron los alemanes”, pero hoy lo dudo, la gente aprovecho para entrar en las casas a sacar lo que fuera. En ese momento desperté, solo me interesaban dos cosas, que estuviera la parte del dinero de la abuela que me quedaba y que tenía entre mis vestidos, y que por el cielo santo, se hubiesen llevado el reloj.

Y bien, por la gracia divina de san Jorge que creo que me escucho, la parte del dinero estaba ahí donde lo deje, afortunadamente no resultaron atractivos para ellos los vestidos que yo creía de lo mejor, pero desafortunadamente también para mi, tampoco resulto atractivo el bendito reloj.

Hoy agradezco estar aquí y todavía acordarme de esta historia revuelta en mis entrañas, pero la gratitud no será para san Jorge sino para la Virgen de la Piedad, la Virgen a quien tengo devoción, la Virgen de mi corazón.

“Adiós corazón, al despedirme de ti, al despedirme me muero...” yo cantaba.

Gracias Pepita! Por tu tiempo y por tu fantástica historia.